

con la urgencia que su inminente peligro reclamaba.

El valiente capitán Troude, libre ya de sus numerosos adversarios, se encamina en triunfo hacia el puerto de Cádiz entrando victorioso en la rada entre los aplausos de la multitud, por que parte de la población española atraída por los cañonazos y la esplosion del *San Carlos* y el *San Hermenegildo* acudió á la orilla desde la cual presenció el peligro del navio frances y el valor con que combatió.

Los ingleses no podian disputarnos la gloria de aquellos combates, y en cuanto á las pérdidas materiales unos y otros las tuvieron, pues si los franceses perdieron un navio, y los españoles dos, los ingleses dejaron en nuestro poder uno saliendo dos de los suyos tan mal tratados que quedaron inservibles. Sin la oscuridad de la noche que produjo una desgracia inevitable, hubieran podido considerarse como enteramente derrotados en aquellos diferentes encuentros, por que el combate de Algeciras y la entrada en Cádiz del *Formidable*, eran hechos de armas que merecen figurar en los anales de la marina.

Los españoles estaban tristes pues aun cuando Moreno se habia portado bien no se habian indemnizado con una accion brillante de la pérdida del *San Carlos* y el *San Hermenegildo*, pero no obstante en los sucesos de Portugal debian hallar un consuelo. Hemos dejado al principe de la Paz preparándose para dar principio á la guerra con Portugal al frente de las fuerzas combinadas de ambas naciones, con el intento de influir en las negociaciones de Lóndres segun hemos espuesto con estension.

Con arreglo al plan convenido, los españoles debian operar sobre la izquierda del Tajo, y los franceses sobre la derecha, para lo cual se habian reunido por la parte de Badajoz, y hacia la frontera del Alentajo treinta mil españoles, al mismo tiempo que se dirigian por Salamanca, hacia Tras-os-Montes, quince mil franceses. Gracias á esfuerzos no interrumpidos, á sumas que facilitó el clero, y á sacrificios de diferente especie que hicieron otras clases, consiguióse equipar á los treinta mil españoles, pero lo que es el tren de artilleria, quedabase muy atrás. El principe de la Paz sin embargo, contando acertadamente con el efecto moral que debia producir la reunion de los franceses con los españoles, quiso precipitar las hostilidades, ganoso de coger los primeros laureles, pues aspiraba á llevarse toda la gloria de aquella campaña, considerando únicamente á los franceses, como un recurso para en caso de algun revés. Esta satisfaccion podia dejarse al principe de la Paz, por que los franceses no iban á la sazón en busca de gloria, sino resultados útiles, y estos resultados consistian, en ocupar una ó dos provincias de Portugal, para tener nuevos rehenes contra la Inglaterra. Aunque la guerra era fácil al parecer, habia sin embargo un peligro que temer, cual era que llegase á hacerse nacional por parte de los portugueses, resultado funesto que hubiera podido producir el odio que estos tenian á los españoles, sin la proximidad de los franceses, quienes se hallaban á algunas jornadas de distancia. Apresuróse, pues, el principe de la Paz á pasar la frontera y atacar las plazas de Portugal con artilleria de campaña á falta de arti-

llera de sitio, ocupando sin dificultad á Olivenza y Jurumenha, pero las guarniciones de Elvas y de Campo-Mayor, se encerraron en sus muros, dispuestas al parecer á defenderse. Viendo esto el príncipe de la Paz, dispuso fuesen bloqueadas, y él se dirigió en busca del ejército portugués, mandado por el duque de Alagoens: los portugueses huyeron hácia el Tajo, y las plazas bloqueadas abrieron entonces sus puertas, Campo-Mayor, se entregó, y fué preciso sitiar en regla á Elvas con un parque que llevó de Sevilla. El príncipe de la Paz, siempre persiguiendo al enemigo, atravesó rápidamente á Zumar, Alegrete, Portalegre, Castelló-de-Vide y Flor de Rosa, hasta que al fin llegó al Tajo, donde los portugueses habian ido á refugiarse.

De este modo consiguió apoderarse de casi toda la provincia de Alentejo sin que los franceses hubiesen atravesado la frontera de Portugal, siendo evidente que si los españoles solos habian conseguido tamaño resultado, reunidos los españoles y los franceses, debian apoderarse en muy pocos dias de Lisboa y Oporto. Viendo lo que sucedia, la corte de Portugal que hasta entonces no habia querido creer fuese una cosa formal la guerra emprendida contra ella, envió á Píato de Souza al cuartel general español, para que manifestase se hallaba pronta á admitir todas las condiciones que tuviesen á bien imponerle los dos ejércitos combinados, y queriendo el príncipe de la Paz que sus soberanos fuesen testigos de su gloria, hizo que el rey y la reina de España, se trasladasen á Badajoz, con el objeto de recompensar á las tropas, y celebrar una especie de congreso. De este

modo, aquella corte tan grande algun dia, pero deshonrada hoy por una reina disoluta y un favorito incapaz y omnipotente, procuraba engañarse á sí misma, haciéndole creer que se ocupaba de negocios políticos de importancia. Tales fueron los sucesos á fines de julio y principios de agosto, debiendo añadir que Luciano Bonaparte acompañó á los reyes católicos en su viage á Badajoz.

Los combates de Algeciras y de Cádiz, que debian infundir confianza á nuestra marina; la corta campaña de Portugal que probaba el influjo que ejercia el primer consul en la Peninsula, y el poder que tenia de tratar á Portugal como Nápoles, Toscana ú Holanda, compensaban hasta cierto punto los acontecimientos conocidos del Egipto. Nada se sabia aun en Francia de la batalla de Canope ni de la capitulacion ya firmada del Cairo, ni de la capitulacion inevitable de Alejandria, pues entonces no se transmitian las noticias por mar con tanta rapidez como en el dia, necesiándose un mes cuando menos, y aun algunas veces más, para que se supiese en Marsella cualquier suceso acaecido en las orillas del Nilo. Lo único que se sabia acerca de los asuntos de Egipto era, que los ingleses habian desembarcado trabándose en la playa algunos combates, pero reinaba una duda completa acerca del resultado definitivo de aquella lucha, de suerte, que en vez de disminuirse, se aumentaba por el contrario el influjo que Francia iba adquiriendo en Europa.

El tratado de Luneville, producía en efecto sus inevitables consecuencias. Desarmada el Austria, y no pudiendo hacer nada en contra nuestra, nos dejaba en completa libertad de llevar á cabo

nuestros proyectos. Es verdad que la Rusia desde la muerte de Pablo I y el advenimiento al trono de Alejandro, no se hallaba dispuesta á tener energía con respecto á Inglaterra, pero tampoco á oponerse á los intentos de Francia en Occidente, de suerte que el primer consul no se tomaba el trabajo de ocultar sus miras. Por un simple decreto acababa de convertir al Piamonte en departamento francés, sin cuidarse de las reclamaciones del plenipotenciario ruso; en cuanto á Nápoles, habia declarado que el tratado de Florencia seria una ley que tendria que obedecer aquella corte; Génova acababa de presentarle su constitucion á fin de que hiciera en ella ciertas variaciones que tenian por objeto robustecer el poder ejecutivo; la República Cisalpina que se componia de la Lombardia, del ducado de Módena y de las legaciones, constituida la primera vez por el tratado de Campo-Formio, y la segunda por el de Luneville, se organizaba de nuevo en estado aliado y dependiente de Francia; Holanda á ejemplo de Liguria, presentaba su constitucion al primer consul, para que en ella diese mas fuerza al gobierno, especie de reforma que se llevaba á cabo á la sazón en todas las repúblicas hijas de la república francesa; y por último, los enviados que poco antes impetraban el apoyo de Mr. Kalitcheff, orgulloso ministro de Pablo I, sentian haber buscado aquel protectorado, y pedian al primer consul por gran favor, que los mejorase en condicion. Los representantes de los principes de Alemania, sobre todo, mostraban el mayor empeño acerca de esto, pues como en el tratado de Luneville se consignaba el principio de la secularizacion de los estados eclesiásticos y de

la division de estos estados entre todos los principes hereditarios, esto habia abierto las puertas á las ambiciones, aspirando á conseguir la mejor parte, no solo las potencias de segundo y tercer orden, sino naciones grandes y poderosas. Aunque Austria y Prusia habian perdido muy poco en la izquierda del Rhin, querian participar de la indemnizacion prometida; Baviera, Wurtemberg, Baden y la casa de Orange, asediaban con sus instancias al nuevo gefe de la Francia, porque teniendo una parte principal en el tratado de Luneville, debia ejercer la mayor influencia sobre la ejecucion de este tratado. La Prusia misma representada en Paris por Mr. de Luchesini, solici-taba tambien, realizando de este modo el poder del primer consul. Así pues, en los seis meses transcurridos desde que se firmó el tratado de Luneville, aunque sufrimos algunos reveses en Egipto, reveses que por otra parte eran poco conocidos en Europa; se habia visto aumentar el ascendiente del gobierno francés, circunstancias que influyeron en las negociaciones de Londres, hasta el punto de emprenderlas ambos gobiernos con actividad de comun acuerdo, y con singular conformidad de pareceres. Al ver el primer cónsul los primeros actos de Menou, conoció que aquella campaña era perdida, y queria que antes del desenlace que preveia se firmase un tratado en Londres: los ministros ingleses, por su parte incapaces de preveer como él el resultado de los sucesos, temian no les diese un golpe vigoroso el ejército de Egipto tan famoso por su valor, y se hallaban dispuestos á aprovecharse de cualquiera apariencia de triunfo, para entrar en tratos; de modo que

no solo estuvieron de acuerdo para tomarse tiempo, sino que tambien lo estaban entonces para dar cima á aquella negociacion.

Empero antes de engolfarnos en el laberinto de aquel grande arreglo en que iban á ventilarse los intereses de mas cuantía del universo, necesario es que refiramos un suceso que en aquel momento llamaba la atencion en Paris, y que viene á ser el complemento del raro espectáculo que entonces presentaba la Francia consular.

Cuando la familia real de España dejó á Madrid para trasladarse á Badajoz, acababan de llegar á las fronteras de los Pirineos los infantes de Parma, destinados á reinar en Toscana, siendo grande el empeño que formó el primer cónsul en que pasasen por Paris antes de enviarlos á Florencia, para que tomasen posesion del nuevo trono de Etruria. Dotado el general Bonaparte de una imaginacion vivísima, era muy dado á los contrastes, de suerte que celebraba en su interior lo extraño que seria que un republicano erigiese á uno por rey, complaciéndose sobre todo en hacer ver que no temia la presencia de un Borbon, y que su gloria lo elevaba sin comparacion alguna sobre la antigua dinastia cuyo puesto él ocupaba. Tambien le gustaba que la Europa supiese que en el mismo Paris que acababa de ser teatro de una revolucion sangrienta, podia desplegarse una pompa y un fausto dignos de un monarca, lo cual era prueba del repentino cambio que habia introducido en Francia su gobierno reparador y justo.

El mismo que se mostraba tan atento y minucioso en una gran operacion militar, no tenia á

menos ostentar esas cualidades en los actos de lujo en que debian figurar su persona, ó estaban destinados á redundar en gloria suya. Asi es que arreglaba todos los detalles, hacia todo lo que le parecia conveniente y necesario, y ponía cada cosa en su sitio, porque eso y mucho mas era indispensable en un orden social enteramente nuevo, creado sobre los restos de una sociedad destruida, y en donde todo era preciso rehacerlo de nuevo hasta la etiqueta de rigurosa necesidad aun en las repúblicas.

Los tres cónsules deliberaron largamente acerca del modo con que habian de ser recibidos en Francia los reyes de Etruria, y sobre el ceremonial que debia observarse, conviniendo para evitar no pocas dificultades, en que se les recibiria con el nombre de conde y condesa de Liorna, tratándoseles como á huéspedes ilustres que eran, segun se hizo en el último siglo con el jóven Czar que despues fué Pablo I, y con José II emperador de Austria. De este modo se oviaban por medio del *incógnito* los obstáculos que sin duda hubiera suscitado la cualidad oficial de rey y reina, siendo arregladas á este tenor las órdenes que se espidieron á las autoridades civiles y militares de los departamentos por donde debian pasar los príncipes.

Todo lo nuevo embarga la atencion de los pueblos en cualquier tiempo que sea, y ciertamente era una novedad extraordinaria el ver en Francia á un rey y una reina, al cabo de doce años de una revolucion que habia derribado ú amenazado á tantos tronos, siendo tanto mas agradable para el pueblo francés aquella novedad, cuanto que el

rey y la reina que pisaban su suelo, habian salido por decirlo así del seno de sus victorias. En todas partes fueron acogidos los infantes con muestras de la mayor alegría; en todas partes encontraron el respeto y las atenciones más delicadas, sin que nada les diese á conocer que se hallaban en un país trastornado no ha mucho profundamente. Los realistas á quienes no agradaba aquella obra monárquica de la revolución francesa, fueron los únicos que aprovecharon la ocasión de dar pruebas de malignidad, gritando en el teatro de Burdeos con afectación: ¡Viva el rey! á lo cual respondió el pueblo: ¡Abajo los reyes!

El primer consul moderó el celo algo escésivo de dos prefectos, disponiendo que no se diese una importancia desmedida á la aparición en Francia de aquellos príncipes, quienes llegaron á París en junio, para pasar un mes entero en el alojamiento que se les tenía preparado en la embajada española. Como el primer consul, á pesar de ser simplemente un magistrado amovible de una república, representaba á la Francia, debiendo desaparecer ante semejante prerogativa todos los privilegios de la sangre real, se había dispuesto que los dos infantes visitarían primero al consul, y que éste les pagaría la visita al siguiente día. En cuanto á los otros dos consules que no representaban en el mismo grado á la Francia, invieron que visitar á los infantes antes que éstos á ellos, con lo cual quedó restablecida la distancia que debía haber entre el nacimiento y el rango.

El mismo día en que llegaron el conde y la condesa de Liorna, fueron conducidos á la Malmaison por el conde de Azara embajador de Es-

paña, y el primer consul los recibió al frente de su corte compuesta enteramente de militares. El conde algun tanto cortado, al ver su aspecto algo sério, se arrojó sencillamente en los brazos del primer consul, quien por su parte le estrechó en los suyos tratando con bondad paternal á los dos jóvenes infantes, pero sin embargo, se advertía la superioridad que le daban el poder, la gloria y la edad. Al día siguiente fué á visitarlos el primer consul al palacio de la embajada mientras que los cónsules Cambacéres y Lebrun cumplieron por su parte con el ceremonial arreglado de antemano.

El primer consul debía presentar en la ópera al público de París á los dos infantes; pero como estuviese indispuerto el día señalado para aquella presentación, hizo sus veces el consul Cambacéres acompañándolos él al teatro. Cuando entró en el palco de los cónsules, cogió de la mano al conde de Liorna y lo presentó al público, quien contestó con una salva de aplausos sin intención maliciosa ú ofensiva. Sin embargo, los ociosos acostumbrados á interpretarlo todo a su manera, atribuyeron el viaje á París de los príncipes españoles á cien motivos diferentes: los que andaban á caza de dichos agudos é ingeniosos, se contentaban con manifestar que el consul Cambacéres acababa de presentar los Borbones á la Francia; los realistas que se obstinaban en esperar del general Bonaparte lo que no podía ni quería hacer, sostenían que su intención era ir preparando los ánimos para la vuelta de la antigua dinastía; y los republicanos decían por el contrario, que quería por medio de aquellas

pompas reales, habitar á la Francia al restablecimiento de la monarquía, pero en provecho propio.

Los ministros recibieron orden de prodigar los festejos á los príncipes viageros, orden que no necesitaba Mr. de Talleyrand, pues modelo de buen gusto y elegancia bajo el régimen antiguo, lo era con justo título bajo el nuevo, y dió en el palacio de Neuilly una función magnífica á que concurrió la mejor sociedad de Francia, y en la que resonaron nombres que hacia mucho tiempo no se oían pronunciar en las tertulias de París. En medio de una iluminación brillante apareció de pronto la ciudad de Florencia, representada con una habilidad sorprendente, y el pueblo toscano, bailando y cantando en la célebre plaza del *Palazzo Vecchio*, presentó flores á los jóvenes soberanos y coronas triunfales al primer consul; magnificencia que costó sumas inmensas. Aquello recordaba la prodigalidad del Directorio, pero con la elegancia de otro tiempo y la decencia enteramente nueva de que un hombre severo en sus costumbres queria revestir las de la Francia revolucionaria. El ministro de la guerra se unió al de los negocios estrangeros y dió una función militar, consagrada á celebrar al aniversario de la batalla de Marengo, y el ministro de lo interior, así como los cónsules segundo y tercero, recibieron con magnificencia á los príncipes españoles, siendo la capital durante un mes un puro festejo y regocijo. Sin embargo, no queriendo el primer consul que los infantes asistiesen á las funciones republicanas del mes de julio, dispuso lo necesario para que dejasen á Pa-

ris antes del aniversario del 14 de dicho mes.

Varias veces procuró en medio de la general alegría dar algunos consejos á los régios esposos que iban á reinar en Toscana; pero á poco conoció que el príncipe era incapaz de admitirlos, porque cuando se hallaba en la Malmaison, se entregaba en los salones de los ayudantes de campo á juegos solamente dignos de un adolescente. La princesa fué la única que oyó con atención los consejos del primer consul, dando muestras de ser algo mas entendida; pero este auguró muy mal de aquellos soberanos que iban á mandar parte de la Italia, y comprendió que tendria que intervenir mas de una vez en los negocios del reino.—Ya veis, dijo á muchos miembros del gabinete; lo que son esos príncipes, por cuyas venas corre sangre antigua, y sobre todo los que se han educado en las cortes del Mediodía; cómo se les ha de confiar el gobierno de los pueblos!... Por lo demás, siempre es bueno que la Francia vea una muestra de lo que son los Borbones, pues con eso podrá juzgar si las antiguas dinastías se hallan al mismo nivel de las dificultades que presenta un siglo como el nuestro.—Todos los que vieron al joven príncipe hicieron efectivamente la misma observacion que habia hecho el primer consul, quien dió por Mentor á los infantes al general Clarke, con el título de ministro de Francia en la corte de Etruria.

En medio de aquel cúmulo de negocios y de funciones que tambien lo eran, no se descuidó la gran obra de la paz marítima: las negociaciones entabladas en Lóndres entre lord Hawkesbury y Mr. Otto, de secretas pasaron á públicas, pues

como unos y otros tenían deseos de acabar pronto, no se descuidaban de disimular como en un principio. Ya hemos dicho que al deseo de ir temporizando siguió el anhelo de concluir cuanto antes, pues el primer consul pronosticaba mal de los sucesos que pasaban en las márgenes del Nilo, y el gobierno británico seguía temiendo una hazaña inesperada de parte del ejército de Egipto. El nuevo ministerio inglés, sobre todo quería la paz, porque de otro modo no podía existir, en atención á que si continuaba la guerra, Pitt valia mucho mas que Addington al frente de los negocios. Todos los sucesos que habían tenido lugar ya en el Norte, ya en Oriente, mejoraron la situación relativa de Inglaterra; pero con todo los creían como otros tantos medios de hacer una paz mas ventajosa para sus intereses, y no querían caer en la falta tantas veces echada encima á Pitt, de no haber celebrado un tratado antes de las batallas de Marengo y Hohenlinden. El rey de Inglaterra, como ya hemos visto, habia vuelto á entrar en el camino de ideas mas pacíficas porque apreciaba al primer consul, y aun porque estaba algo enojado con Pitt; el pueblo, oprimido por la miseria, anhelaba un cambio, y esperaba que con la terminacion de la guerra mejoraría de suerte; los hombres de juicio, sin escepcion, opinaban que ya era bastante con diez años de una lucha cruenta, y que no debían obstinarse en proporcionar á la Francia nueva ocasion de aumentar su poderío, y por otra parte no dejaban de producir cierta inquietud en Londres, los preparativos de desembarco que se hacían en las costas de la Mancha. Solo una clase

de hombres se inclinaba al sistema de Addington, los que entregados á grandes especulaciones marítimas, habían dado sus capitales para cubrir los enormes empréstitos de Pitt, y veían que la paz, abriendo los mares al pabellon de todas las naciones, y particularmente al de Francia, iba á arrebatárles el monopolio del comercio que estaban haciendo, y á cerrar la puerta á las grandes operaciones rentísticas. Adictos en un todo á la política de Pitt, estaban por la guerra, cuando hasta el mismo Pitt iba conociendo que era necesario hacer la paz; pero aquellos opulentos especuladores de la Cité, tenían que callar al oír los clamores del pueblo y de los terratenientes, y sobre todo al ver que reinaba la mayor unanimidad de opiniones entre todos los hombres sensatos de la nacion.

Estaba, pues, decidido el gobierno inglés, no solo á negociar, sino á hacerlo con premura, á fin de poder presentar el resultado de sus negociaciones al parlamento en la primera reunion que celebrase, es decir, en el otoño. Por lo demás acababa de arreglar las diferencias que traía con Rusia acerca de una cuestion de derecho marítimo, haciendo algunas concesiones al nuevo emperador; pero en cambio exigió otras, que tuvo la debilidad de dejarse arrancar aquel príncipe, jóven, sin esperiencia, deseoso de dar gusto al partido que le habia colocado en el trono, y mas que nada, de entregarse tranquilamente á asuntos de reforma interior. De los cuatro principios esenciales del derecho marítimo, sostenidos por la liga del Norte y por Francia, la Rusia abandonó dos, estipulándose lo siguiente por un

convenio que firmaron el 17 de junio el vicecanciller Pania y el lord Saint-Helens:

1.º Los buques neutrales podían navegar libremente entre todos los puertos del globo, incluso los de las naciones beligerantes, pudiendo conducir lo que tuviesen á bien, escepto el contrabando llamado de guerra, cosa que redundaba en beneficio de los intereses rusos. Así, pues, los cereales y los materiales propios para la construcción de buques en cuyo comercio no podían ocuparse antes, no se hallaban comprendidos en el contrabando de guerra, lo cual era muy importante para la Rusia, que produce cáñamo, brea, hierro, madera de arboladura y trigo. Acerca de este punto, uno de los mas importantes del derecho marítimo, había defendido la Rusia la libertad del comercio en general defendiendo los intereses de su comercio particular.

2.º El pabellon no cubría la mercancía, á menos que esta no corriese por cuenta del comerciante neutral, de suerte que el café procedente de las colonias francesas y los metales en barra esportados de las colonias españolas no podían ser secuestrados siempre que perteneciesen á un danés ó á un ruso. Es verdad que esta reserva salvaba en la práctica á parte del comercio neutral, pero la Rusia sacrificaba el primer principio del derecho marítimo, *el pabellon cubre la mercancía*, y abandonaba el noble papel que había querido representar en los reinados de Pablo y Catalina, cual era el de proteger en los mares al débil contra el fuerte.

3.º Aunque los buques neutrales podían navegar libremente, debían detenerse segun cos-

tumbre á la entrada de un puerto bloqueado, pero *bloqueado efectivamente con peligro inminente de forzar el bloqueo*. Bajo este aspecto en nada se alteraba el gran principio del bloqueo general y efectivo.

4.º Por último, en el tratado que analizamos se daba una inteligencia muy poco honrosa para el pabellon neutral al derecho de visita que había dado motivo á tantas disputas y formado la última liga del Norte. Nunca se había consentido hasta entonces en que pudieran ser visitados los buques de comercio á que fuese convoyando uno del estado, porque esto daba á conocer la nación á que pertenecía y sobre todo que no llevaba contrabando á bordo. Efectivamente que era muy poco digno del pabellon militar consentir que un capitán de navio, un almirante, quizá, pudiesen ser detenidos por un corsario provisto de una simple patente; pero el gabinete ruso apeló á una distincion creyendo que así dejaba á salvo la dignidad del pabellon. Decidióse que el derecho de visita con respecto á los buques de comercio convoyados no lo egercerian todos los buques indistintamente sino solo los de guerra, por manera, que un corsario provisto de una simple patente no tenia derecho á detener á un convoy que fuese escoltando un buque de guerra, ó lo que es lo mismo, que el derecho de visita solo podía egercerse de igual á igual. No hay duda que por este medio se evitaban parte de los inconvenientes, pero se sacrificaba el fondo del principio, siendo esto tanto mas deshonoroso para la corte de San Petersburgo, cuanto que era uno de los cuatro principios que se disputaban, y el cual ha-



bia producido tres meses antes el bombardeo de Copenhague y dado lugar á que Falso I quisiese sublevar contra la Inglaterra á toda la Europa.

De este modo la Rusia sacrificó dos principios del derecho marítimo para conseguir que quedasen otros dos en su fuerza y vigor; pero tambien es preciso conocer que la Inglaterra hizo concesiones, y que llevada de su deseo de obtener la paz, desistió en parte de las orgullosas pretensiones de Mr. Pitt, conviniéndose entre las partes contratantes que invitarian á los daneses, los suecos y prusianos á que se adhriesen al tratado.

Libre ya de la Rusia y animada con el triunfo que habia conseguido en Egipto, la Inglaterra queria aprovecharse del mejoramiento de su situacion para hacer la paz con Francia, á cuyo efecto llamó lord Hawkesbury á Mr. Otto, y le encargó presentase al primer consul la siguiente proposicion. Nuestras tropas, le dijo, han invadido el Egipto, y como aun deben recibir grandes auxilios, es casi segura su victoria. Sin embargo, como la lucha no ha terminado todavia, hagamos que cese el derramamiento de sangre, convengamos unos y otros en no tratar de permanecer en Egipto, y evacuémolos devolviéndolo á la Puerta.

Como complemento de esta proposicion, pretendia lord Hawkesbury que la Inglaterra conservase á Malta, pues decia que solo en caso de que Francia abandonase voluntariamente el Egipto, debia aquella evacuar la mencionada isla, pero como ese abandono de parte de Francia, no era ya una concesion voluntaria, sino consecuencia forzosa de los sucesos de la guerra, no era

justo que consiguiese en cambio la restitucion de Malta.

Por lo que hace á las Islas orientales, el ministro inglés queria quedarse con Ceylan, y si ofrecia devolver á la Holanda el Cabo de Buena-Esperanza, y ademas, la parte del continente de la América meridional de que se habia apoderado como por ejemplo, Surinam, Demerari, Berbice y Essequivo, tambien pedia en las Antillas una gran isla, la Martinica ó la Trinidad á eleccion de la Francia.

Es decir, que el resultado definitivo de aquellos diez años de guerra, hubiera sido para Inglaterra, ademas del Indostan, la isla de Ceylan, en el mar de las Indias; la de la Trinidad ó de la Martinica en el de las Antillas, y la de Malta en el Mediterráneo, magnifico regalo que el gabinete queria hacer al orgullo inglés en cada uno de los tres mares principales.

El primer consul respondió á las ofertas británicas que si Inglaterra apoyaba sus grandes pretensiones en los sucesos de Egipto, él se apoyaba para rechazarlas en los sucesos de Portugal. Lisboa y Oporto, respondió á lord Hawkesbury por órgano de Mr. Otto, serán nuestras el dia que queramos. En la actualidad se hallan entabladas negociaciones en Badajoz para salvar las provincias del aliado mas fiel que tiene Inglaterra: el Portugal propone para rescatar á sus estados, escluir á los ingleses de todos sus puertos, pagando ademas una fuerte contribucion de guerra, y España se muestra muy dispuesta á admitir esta concesion; empero todo depende del primer consul. A este toca conceder ó negar su autorizacion pa-

ra que se celebre ese tratado, y en vez de acceder á los deseos del gabinete lusitano, va á mandar que las fuerzas combinadas ocupen las principales provincias de Portugal como la Inglaterra no consienta en que se haga la paz con condiciones justas y moderadas. El gabinete inglés quiere, añadió, que la Francia evacue á Egipto, en lo cual no hay dificultad siempre que la Inglaterra abandone á Malta por su parte, no exija ni la Martinica ni la Trinidad, y se contente con la isla de Ceylan, adquisición que viene á ser el complemento del soberbio imperio de las Indias.

Respondiendo á estas proposiciones el plenipotenciario inglés se esplicó de un modo poco satisfactorio para Portugal, y que probaba lo que ya se sabia, que Inglaterra apenas se cuidaba de los aliados á quienes habia comprometido. Como el primer consul invada los estados de Portugal en Europa, respondió lord Hawkesbury, la Inglaterra invadirá los que la misma nacion tiene allende los mares, apoderándose de las Azores y el Brasil, prendas que en sus manos valdrán mucho mas que el continente portugués en manos de Francia. Esto significaba que en vez de defender á un aliado pensaba la Inglaterra en vengarse á costa de ese mismo aliado de las conquistas que pudiera hacer su rival.

Conoció el primer consul que era preciso tomar un tono enérgico, y demostrar lo que era en el fondo de su corazon, es decir, lo resuelto que estaba á luchar cuerpo á cuerpo con Inglaterra hasta que no consiguiese fuera esta mas moderada en sus pretensiones. Así es, que declaró que nunca concederia á Malta cualesquiera

que fuesen las condiciones que para ello mediasen; que la Trinidad pertenecia á un aliado, cuyos intereses defenderia como si fuesen suyos propios; que no dejaria esta última colonia á los ingleses quienes debian contentarse con Ceylan, complemento mas que suficiente de la conquista de las Indias, y que por lo demas ninguno de los puntos mencionados esceptuando la isla de Malta, valia tanto como uno solo de los dolores que iban á causar al mundo, como una gota de la sangre que iba á verterse.

A estas esplicaciones diplomáticas hay que añadir lo que públicamente dijo en el *Monitor* y la relacion detallada de los armamentos que se hacian en la costa de Boloña.

Varias divisiones de lanchas cañoneras, salian efectivamente de los puertos de Calvados, del Sena inferior, de la Somme y del Escalda para trasladarse á Boloña por la costa, lo cual habian conseguido muchas veces á pesar de los cruceros ingleses, pues aunque no habia adoptado el primer consul, como mas tarde lo adoptó, (1) un plan fijo de desembarco en Inglaterra queria intimidar á esta potencia con el rumor de sus preparativos, estando resuelto á completar sus disposiciones, y pasar de las amenazas á las vias de hecho en caso de un rompimiento definitivo. Así lo dijo á los cónsules sus compañeros en quienes tenia suma confianza, manifestándoles que con los armamentos que á la sazón existian en Boloña, no habia términos hábiles de

(1) No hay que confundir este ensayo, que se verificó en 1801 con la gran organizacion naval y militar conocida con el célebre nombre de Campo de Boloña, de 1804.